

## LA OPERA PIERDE SU TEMPLO

Comenzó hace cien años con las bombas de un anarquista

# La historia negra del Gran Teatro del Liceo

*El incendio que ha dejado reducido a cenizas el Gran Teatro del Liceo de Barcelona es un episodio más de su cadena de catástrofes, iniciada hace justamente 100 años, cuando un anarquista aragonés arrojó dos bombas al patio de butacas, con un saldo de veinte muertos*

Madrid. EFE. RAMON TORRENTE

El incendio que esta mañana ha dejado reducido a cenizas el Gran Teatro del Liceo de Barcelona es un episodio más de su historia negra, iniciada hace justamente 100 años, cuando un anarquista aragonés arrojó dos bombas al patio de butacas, con un saldo de veinte muertos.

Tampoco es la primera vez que se produce un incendio en el Liceo. Otro fuego destruyó casi por completo, en abril de 1861, el coliseo operístico catalán, que fue reconstruido en un año.

Aquel 7 de noviembre de 1893, un anarquista aragonés de 29 años llamado Santiago Salvador Franch, provocó una masacre en el Teatro al arrojar dos bombas al patio de butacas que causaron veinte muertos y decenas de heridos.

Pocos días antes, en la iglesia de la Concepción de Barcelona, se habían celebrado los funerales por las víctimas de la explosión en los muelles santanderinos del barco «Cabo Machichaco», de la Compañía Vasco-Andaluza, originando un incendio que destruyó parte de la ciudad. Santiago Salvador Franch se encontraba en las proximidades de la iglesia y observaba cómo la sociedad burguesa llegaba engalanada al funeral, sin las preocupaciones que a él le atosigaban. En una ocasión había estado en la cárcel cuatro meses por un robo que no había cometido y del que posteriormente había sido exculpado.

Más tarde, la Guardia Municipal barcelonesa le había propinado una brutal paliza por no haber pagado dos comidas en una pensión de Valencia. Su vida transcurría entre el contrabando de vino y de sal, mientras que su mujer, Antonia, trabajaba asistiendo en distintas casas para aportar el dinero necesario para ir malviviendo.

Debido a sus actividades clandestinas, Santiago empezó a frecuentar locales a los que acudían anarquistas, en los que se que hablaba de Bakunin y Koprotkin. Estas charlas encendieron su odio a la sociedad burguesa y le indujo a preparar un atentado para purgar sus penas cotidianas.

## Un modelo heroico

Santiago tenía su héroe particular en la persona de Paulino Pallas Latorre, un anarquista que había lanzado dos bombas contra el general Martínez Campos. Le conocía personalmente, pues habían trabajado juntos en el contrabando de sal.

Por las informaciones de los periódicos que relataron el atentado, el juicio y la ejecución de Pallas, se enteró que, una vez cometido éste, gritó «¡Viva la Anarquía!», «¡Viva la dinamita!» y «¡Viva la libertad!», mientras escuchaba la sentencia condenatoria, de espaldas al Tribunal, e, inmediatamente, comenzó a cantar un himno anarquista.

Todo ello influyó en Santiago y le indujo a concebir un acto parecido. Se movió activamente en los ambientes anarquistas intentando obtener las bombas con las que realizar un atentado. Era difícil conseguirlas, ya que sólo se las facilitaban a quienes reunieran garantías para utilizarlas y, al mismo tiempo, se comprometieran a no delatarles en el caso de ser aprehendido.

Por fin consiguió dos bombas «Orsini», formadas por dos semiesferas de hierro fundido y un eje que servía de tuerca para sujetar las dos partes. El diámetro de cada bomba era de nueve centímetros y medio. Las paredes de hierro tenían un grosor de un centímetro y su peso, con la carga, era de unos tres kilos. En la superficie aparecían distribuidas dieciocho chimeneas.

Por fin se decidió a cometer el atentado, y el lugar escogido fue el Teatro del Liceo. Para ello tenía que conseguir una entrada, que costaba una peseta, un dinero que le facilitó su mujer.

Se dirigió al Liceo y durante media hora contempló en la puerta con ojos de odio la llegada al teatro con toda pompa de aquella burguesía a la que tanto odiaba. A renglón seguido, entró en el edificio por la escalera de la calle de San Pedro y subió hasta la quinta planta.

El «paraíso», donde Santiago tenía su localidad, estaba lleno de gente, lo que le interesaba para sus planes. Se situó en el pasillo que conduce a las butacas. La ópera que se representaba aquella noche era «Guillermo Tell», de Rossini. Dejó transcurrir el primer acto, comenzó el segundo y durante el dúo que en ese momento interpretaban el tenor y la tiple, decidió arrojar las bombas.

Se adelantó sobre la barandilla y las lanzó sobre la platea. Eran las once en punto de la noche. Una de las bombas estalló contra el respaldo de la butaca número 24 de la fila 13, y la otra cayó sobre la falda de una señora de la fila 15 que acababa de morir víctima de la explosión de la primera. La bomba cayó al suelo y fue a parar bajo la butaca 30 sin que llegara a estallar.

La explosión mató en el acto a siete personas: cuatro mujeres, una de ellas embarazada, y tres hombres. Otras trece perecerían horas después.

La policía acudió al Teatro y revisó todo el local. Así se halló bajo una butaca la bomba que no había explotado. Las primeras sospechas recayeron sobre un italiano llamado Alberto Saldani, marmolista, que había bajado a la platea para curiosear, y fue detenido.

Mientras, Santiago Salvador descendió por las escaleras de la calle de San Pedro y se detuvo en las Ramblas para ver el paso de las camillas que iban del teatro a la casa de socorro de la calle de Barberá. Santiago se marchó a su casa satisfecho de lo que había hecho.

Su mujer, al verle tan excitado, le preguntó que le sucedía, y él se lo contó. Antonia se propuso ayudarlo, y al día siguiente, le preguntó por el dinero que tenía en casa. Ella dijo que ocho duros. Le entregó siete a Santiago y ella se quedó con uno. Con ese dinero, Santiago se fue a vivir a una pensión de las afueras de



Fachada del Liceo en 1889, un teatro que ha sufrido dos incendios y un atentado.



En el patio de butacas estallaron hace un siglo las bombas de Santiago Salvador. (FOTOS EFE ARCHIVO)

Barcelona, donde estuvo veinte días. Más tarde huyó hacia Huesca y Teruel.

Las investigaciones de la policía se centraban en las organizaciones anarquistas, pero sin resultados positivos. No podían sospechar que el atentado había sido ejecutado por un anarquista solitario.

A mediados de diciembre de ese mismo año detuvieron a José Codina, cerrajero con antecedentes anarquistas, que reveló la existencia de un grupo de acción denominado «Benvenuto», cuyo lugar de reunión era un cafetín sito en el número 185 de la calle Diputación.

Codina reveló que él y un tal José Bernich, se dedicaban a fabricar las bombas.

Se detuvo a varios miembros del grupo, que confesaron haber ayudado a Salvador a huir. Este fue detenido a fines de diciembre en casa de un pariente, en Zaragoza. En el momento de ser prendido, Salvador se pegó un balazo en el vientre. Le llevaron a un hospital de Zaragoza y allí confesó ser autor del atentado del Liceo.

A principios de febrero de 1894, fue trasladado a Barcelona. El sumario inculpatario reunió más de cuatro mil folios. El fiscal pidió para él pena de muerte, y tras el discurso del presidente y la deliberación de los jurados, que no duró más de media hora, se dictó su condena a muerte por garrote vil.